

estación

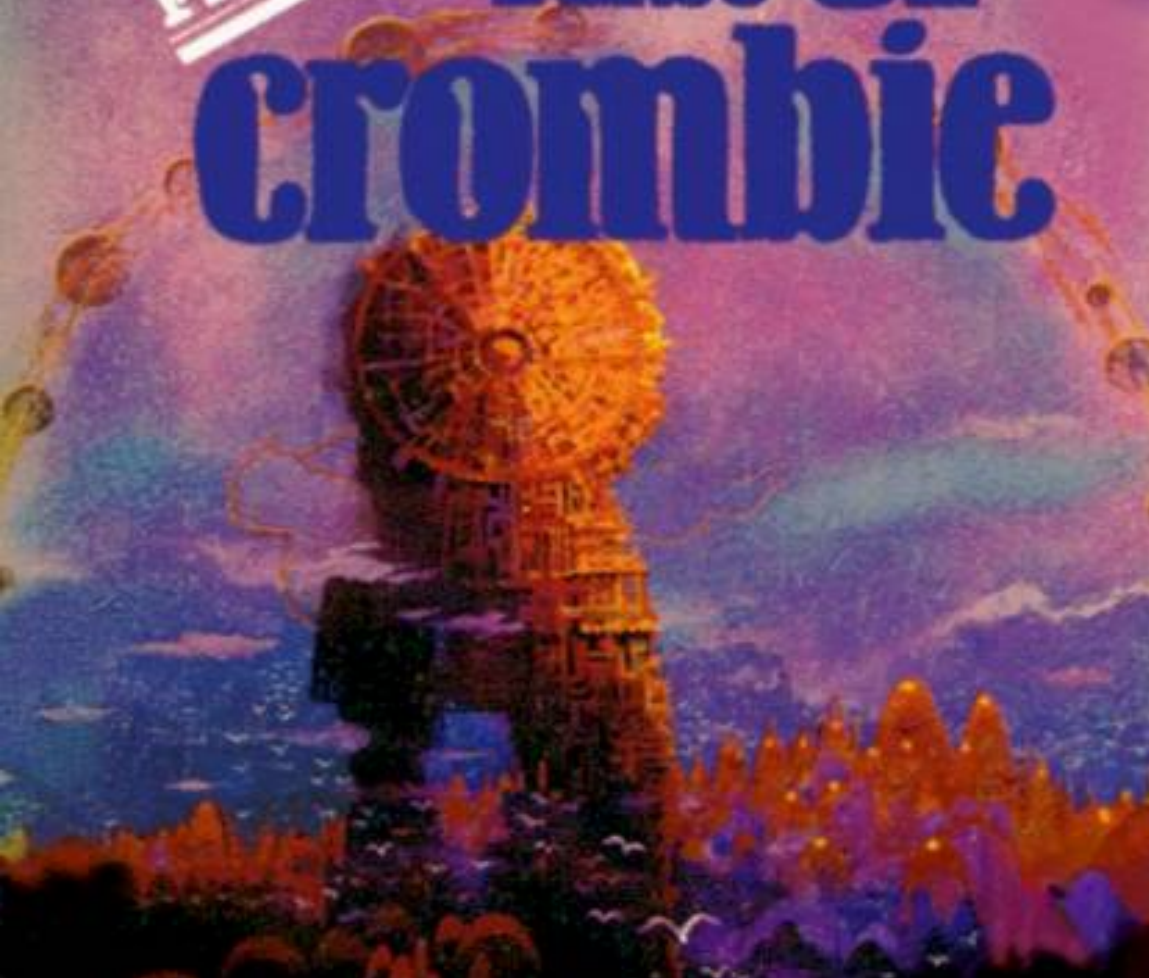
Jack Vance

de

Aber-

crombie

CIENCIA
FICCIÓN



En esta antología se recogen tres de las mejores narraciones —elegidas por el propio Vance— del maestro indiscutido de la ciencia ficción exótica y aventurosa: *El retiro de Ullward*, *La estación Abercrombie* y *Rumfuddle*.

Para quienes ya conocen a Jack Vance a través de su ciclo Durdane (*El hombre sin rostro*, Ciencia Ficción 21; *Los valerosos hombres libres*, Ciencia Ficción 29) y de nuestra antología previa de relatos suyos (*Lo mejor de Jack Vance*, Libro Amigo 516), esta selección no hará sino confirmarles la pericia de uno de los escritores que mejor ha sabido evocar en sus relatos ese clima de irreductible extrañeza, de ajениdad total, que debería caracterizar toda buena obra del género y que sin embargo tan pocos autores consiguen crear de forma convincente.

Para quienes toman contacto por primera vez con este narrador insólito (de ha insinuado la posibilidad de que sea un extraterrestre infiltrado), estos relatos constituirán la introducción más adecuada a uno de los autores fundamentales de la ciencia ficción y fantasía contemporáneas.

PRESENTACIÓN

Vance, el alienígena

Jack Vance es el maestro indiscutido de la ciencia ficción «exótica». Nadie como él ha sabido transmitir —incluso en sus narraciones más intrascendentes— esa sensación de *ajenidad* que debería caracterizar toda obra que describa otros mundos y otras épocas futuras, y que sin embargo tan pocos autores consiguen infundir a sus relatos.

Esta habilidad suya para evocar lo irreductiblemente extraño le ha convertido en uno de los autores más populares del género, pese a (o precisamente por) la aparente irrelevancia del argumento de muchos de sus relatos. Como en la narrativa de Kafka, lo más importante no es lo que pasa, sino *cómo* pasa, e incluso ese *cómo* adquiere todo su interés a nivel de matiz. No se puede reducir un relato de Vance a su esquema argumental (como se puede hacer con muchas otras narraciones de ciencia ficción, que incluso mejoran en versión sinóptica), pues equivaldría a pelar un plátano para tirar lo de dentro y comerse la piel. En Vance, como en Kafka (aunque a un nivel muy distinto), la forma es el contenido.

Dicho de otro modo, la peculiar fascinación de Vance reside en que más que escribir *sobre* alienígenas lo hace *como* un alienígena.

Hace poco se pidió al autor que seleccionara lo que él mismo consideraba sus mejores narraciones. En *Lo mejor de Jack Vance* (Libro Amigo, 516) publicamos tres de ellas

(*Velero 25*, *El último castillo* y *La mariposa lunar*), y ahora les ofrecemos las tres restantes. En esta ocasión el lector hallará a un Vance más irónico, menos frío, más terrenal, como si el evasivo extraterrestre que probablemente es se hubiera ido impregnando con el tiempo de los problemas y aflicciones de la humanidad. Algo de la desazonada y fascinante «lejanía» de *El último castillo* o las novelas del ciclo de Durdane (*El hombre sin rostro*, Ciencia Ficción 21, *Los valerosos hombres libres*, Ciencia Ficción 29) ha cedido terreno a una ironía y una tensión narrativa más viscerales.

Tal vez el lector avezado se sorprenda al comprobar que el primer relato, del que Vance asegura que es uno de sus favoritos, es el menos característico de Vance que haya leído jamás. No lo duden: es una de tantas tretas del taimado escritor alienígena para desorientarnos.

CARLO FRABETTI

PREFACIO

Con franqueza, no me gusta discutir mis propios relatos, sino sólo analizarlos. Sin embargo, se me ha pedido que prepare un prefacio para la siguiente colección y parece que no hay otro tema más apropiado que las narraciones mismas.

Naturalmente, se trata de relatos que me gustan. Han sido escritos a lo largo de, aproximadamente, quince años. Siento un afecto especial por *El retiro de Ullward*, y por *Velero 25*. Por lo demás, poco se puede decir que no digan los relatos por sí mismos.

Me parece mejor hacer una o dos observaciones sobre mi acercamiento personal al asunto de la literatura. En primer lugar, estoy firmemente convencido de que el escritor que se anuncia a sí mismo distrae la atención de sus lectores de lo que debe ser su única preocupación: su trabajo. Por esta razón, y después de unas pocas vacilaciones iniciales, me he negado a diseminar fotografías, autoanálisis, información biográfica, críticas y confesiones: no a causa de una reserva innata, sino para dirigir la atención hacia donde creo que merece ser dirigida.

Soy consciente de que no utilizo ningún estilo inflexible o predeterminado. Cada relato genera su propio estilo, por decirlo así. En teoría, creo que el mejor estilo es aquel que nadie nota, pero supongo que, en la práctica, esto puede no ser así, o imposible de conseguir en todas las ocasiones. En la actualidad, el tema del estilo es demasiado amplio como para ser cubierto con una frase o dos, y no me cabe

la menor duda de que cada escritor tiene sus propias ideas al respecto.

Sin entrar en otras generalizaciones, recomiendo al lector que dirija su atención a los propios relatos.

J. V.

EL RETIRO DE ULLWARD

Este relato es uno de mis favoritos. Habiendo dicho tanto, supongo que me veo obligado a contestar la pregunta: ¿por qué?

Alabar la propia obra de uno es una simple imprudencia; por otra parte, la candidez desenfadada es refrescante, y quizá sea una virtud; por ello, me arriesgaré a ofrecer uno o dos comentarios sobre El retiro de Ullward.

Considero que el relato está bien construido desde el punto de vista técnico, y creo que, a pesar de su franca frialdad, en él se hacen una serie de profundas afirmaciones sobre la condición humana. En esta obra no hay villanos, ni héroes; en ella, sólo nos encontramos con la capciosidad y la vanidad humanas.

Bruham Ullward había invitado a tres amigos a comer en su rancho: Ted y Ravelin Seehoe, y su hija adolescente Iugena. Después de un festín como para hacer saltar los ojos, Ullward ofreció un plato de las pastillas digestivas que le habían conservado la salud.

—Una comida maravillosa —observó Ted Seehoe con reverencia—. En realidad, demasiado. Necesitaré una de éstas. Las algas estaban absolutamente deliciosas.

—Son alimentos genuinos —dijo Ullward, sonriendo y haciendo un gesto natural con la mano.

Ravelin Seehoe, una joven de rostro fresco y actitud positiva, de ochenta o noventa años, extendió la mano para coger una pastilla.

—Es una vergüenza que ya no queden. Las sintéticas que conseguimos apenas si se pueden reconocer como algas.

—Es un problema —admitió Ullward—. Me uní con unos amigos y compramos una pequeña parcela en el Mar de Rosas. Las cultivamos nosotros mismos.

—¡Fíjate en eso! —exclamó Ravelin—. ¿No es algo terriblemente caro?

—En la vida, las cosas buenas cuestan caras —dijo Ullward frunciendo los labios caprichosamente—. Afortunadamente, me puedo permitir unos pocos gastos extras.

—Lo que yo siempre le digo a Ted... —empezó a decir Ravelin, pero se detuvo cuando Ted le lanzó una penetrante mirada de advertencia.

—El dinero no lo es todo —dijo Ullward, con la intención de superar la desavenencia—. Yo tengo una parcela

de algas y mi rancho. Ustedes tienen a su hija y estoy seguro de que no la cambiarían.

—No estoy tan segura —comentó Ravelin, dirigiendo una mirada crítica a Iugena.

—¿Cuándo tendrá usted su propio hijo, *Iamster*^[1] Ullward? —preguntó Ted, dando una palmada en la mano de Iugena.

—Aún me falta tiempo. Ocupo el lugar treinta y siete mil millones en la lista.

—Una lástima —comentó Ravelin Seehoe—. Cuando usted podría proporcionar tantas ventajas a un niño.

—Algún día, algún día, antes de que sea demasiado viejo.

—Es una vergüenza —dijo Ravelin—, pero tiene que ser así. Otros cincuenta mil millones de personas y no podremos disfrutar de ningún tipo de intimidad.

Se quedó mirando admirativamente la habitación, que únicamente se utilizaba para preparar la comida y comer.

Ullward colocó las manos en los brazos de su silla, inclinandose un poco hacia adelante.

—¿Le gustaría quizá echar un vistazo al rancho?

Hizo la pregunta con un tono de voz casual, mirando a uno y a otro. Iugena dio palmadas de alegría. Ravelin sonrió con una expresión de agradecimiento.

—Si no es mucha molestia para usted.

—¡Oh, nos gustaría mucho, *Iamster* Ullward! —gritó Iugena.

—Siempre he deseado ver su rancho —dijo Ted—. He oído hablar mucho de él.

—Es una oportunidad para Iugena que no quisiera que perdiera —dijo Ravelin, y señalando con un dedo hacia Iugena, le advirtió—: Recuerda, míralo todo muy cuidadosamente... y no toques nada.

—¿Puedo sacar fotografías, mamá?

—Eso se lo tendrás que preguntar a *Iamster* Ullward.

—Desde luego, desde luego —dijo Ullward—. ¿Por qué no lo va a poder hacer?

Se levantó. Era un hombre que superaba ligeramente la estatura media, algo gordinflón, con un pelo rojizo, unos ojos azules redondos y una nariz prominente. Tenía casi trescientos años de edad y conservaba su salud con gran celo, pues apenas parecía tener más de doscientos.

Se dirigió hacia la puerta, comprobó la hora y marcó un disco situado en la pared.

—¿Están dispuestos?

—Sí, lo estamos —contestó Ravelin.

Ullward separó la pared hacia atrás, descubriendo una vista sobre un terreno agreste. Un hermoso roble extendía su sombra sobre un estanque en el que crecían los juncos. Un sendero cruzaba un campo, dirigiéndose hacia un valle frondoso situado a un kilómetro y medio de distancia.

—¡Magnífico! —exclamó Ted—. ¡Sencillamente magnífico!

Salieron al exterior, a la luz del sol. Iugena extendió los brazos, saltó y bailó en círculo.

—¡Mira! ¡Estoy sola! ¡Estoy yo sola aquí fuera!

—¡Iugena! —llamó Ravelin ásperamente—. ¡Ten cuidado! ¡No te salgas del sendero! Eso es hierba verdadera y no debes estropearla.

Iugena echó a correr hacia el estanque.

—¡Mamá! —llamó volviéndose hacia ellos—. ¡Mira estas cosas tan pequeñas y asustadizas! ¡Y mira las flores!

—Esos animales son ranas —dijo Ullward—. La historia de su evolución vital es muy interesante. ¿Ven esas cosas pequeñas en el agua que parecen peces?

—¡Qué divertido! ¡Mamá, ven aquí!

—Se les llama renacuajos y con el tiempo se transformarán en ranas, imposibles de distinguir de las que estamos viendo.

Ravelin y Ted se asomaron al estanque con mayor dignidad, pero se sentían tan interesados por las ranas como Iu-

genae.

—Huele este aire fresco —le dijo Ted a Ravelin—. Parece como si hubiéramos vuelto a los tiempos antiguos.

—Es algo absolutamente exquisito —dijo Ravelin, mirando a su alrededor—. Tiene una la impresión de poder echar a andar y andar y andar.

—Vengan por aquí —les dijo Ullward desde detrás del estanque—. Esto es el jardín de piedra.

Con un temor reverencial, los invitados observaron fijamente el saliente de roca, coloreado con líquenes de color rojo y amarillo, y recubierto de musgo verde, Los helechos crecían en una hendidura; también había algunos grupos frágiles de flores blancas.

—Huele las flores, si quieres —le dijo Ullward a Iugeneae—. Pero, por favor, no las toques; se rompen con mucha facilidad.

—¡Mmmmm! —exclamó Iugeneae al olerlas.

—¿Son reales? —preguntó Ted.

—El musgo, sí. Los helechos y estos pequeños cactus también son reales. Las flores me las diseñó un horticultor y son reproducciones exactas de especies antiguas. Hemos conseguido mejorar el olor.

—Maravilloso, maravilloso —dijo Ted.

—Vengan ahora por este camino... No, por favor, no miren hacia atrás; quiero que capten todo el efecto... —En aquel momento, una expresión irritante cruzó por su rostro.

—¿Qué sucede? —preguntó Ted.

—Es esa condenada molestia —contestó Ullward—. ¿Oye ese ruido?

Ted se dio cuenta entonces de un débil retumbar, profundo y casi inaudible.

—Sí, parece como si fuera alguna factoría.

—Lo es. Debajo del suelo. Una fábrica de alfombras. Uno de los telares es el que produce todo ese terrible escándalo. Me he quejado, pero no se preocupan... Más aún, lo ignoran. Vengan ahora aquí... ¡y miren a su alrededor!

Sus amigos contuvieron la respiración, admirados. Desde aquel ángulo se veía un bungalow rústico en un valle alpino, y la puerta era la abertura que daba entrada al comedor de Ullward.

—¡Qué ilusión de distancia! —exclamó Ravelin—. Una persona casi se podría creer que estaba sola.

—Es una obra maestra —admitió Ted—. Juraría que estoy mirando a quince kilómetros de distancia... o por lo menos a ocho kilómetros.

—Dispongo de mucho espacio aquí —dijo Ullward con orgullo—. Casi una tercera parte de una hectárea. ¿Les gustaría verlo a la luz de la luna?

—¡Oh! ¿Podríamos?

Ullward se dirigió hacia un panel de conmutadores ocultos; el sol pareció apresurar su marcha por el cielo. El valle se vio iluminado por una brillante puesta de sol; el cielo adquirió un tono rosado y azulado, después dorado, más tarde verde y finalmente comenzaron a aparecer las sombras... y la luna llena empezó a elevarse por detrás de la colina.

—Esto es algo absolutamente maravilloso —dijo Ravelin con suavidad—. ¿Cómo puede usted marcharse alguna vez de aquí?

—Es duro —admitió Ullward—. Pero también tengo que cuidar de los negocios. Más dinero significa más espacio.

Hizo girar un botón; la luna flotó a través del cielo, terminando por desaparecer. Surgieron entonces las estrellas, formando los dibujos conocidos desde muy antiguo. Ullward señaló las constelaciones y las estrellas de primera magnitud, citándolas por su nombre y utilizando una linterna-lápiz como puntero. Después, el cielo adquirió un tono lavanda y amarillo limón y el sol volvió a surgir. Unos conductos invisibles enviaron una corriente de aire frío a través del claro.

—En estos momentos estoy negociando la compra de una zona situada detrás de esta pared —dijo, dando un li-

gero golpe en la ladera de la montaña representada, una ilusión que adquiriría realidad y tridimensionalidad mediante laminaciones situadas dentro del cristal—. Es una zona bastante grande... más de diez metros cuadrados. El propietario quiere una fortuna, naturalmente.

—Me sorprende mucho que quiera vender —observó Ted—. Diez metros cuadrados significan una verdadera intimidad.

—Se ha producido una muerte en la familia —explicó Ullward—. El abuelo en cuarto grado del propietario ha desaparecido y el espacio sobra temporalmente.

—Espero que pueda conseguirlo —dijo Ted, asintiendo.

—Yo también lo espero. Tengo ambiciones bastante extravagantes... Con el tiempo, espero llegar a ser propietario de todo el bloque, pero eso requiere tiempo. A la gente no le gusta vender su espacio y todo el mundo está ansioso por comprar.

—Nosotros no —dijo Ravelin alegremente—. Tenemos nuestra pequeña casa. Vivimos en un ambiente cómodo y acogedor y estamos ahorrando dinero para invertirlo.

—Eso está bien —admitió Ullward—. Hay mucha gente que sufre escasez de espacio. Después, cuando se presenta una buena oportunidad para hacer dinero, se encuentran con que no disponen de capital. Hasta que pude ganar algo con las pastillas digestivas, viví en un cubículo individual alquilado. Vivía encogido... pero hoy en día no lo siento.

Regresaron, a través del claro, hacia la casa de Ullward, deteniéndose un momento ante el roble.

—Me siento especialmente orgulloso de este árbol —comentó Ullward—. ¡Un verdadero roble!

—¿Verdadero? —preguntó Ted, asombrado—. Supuse que era artificial.

—Lo mismo piensa mucha gente —dijo Ullward—. Pero, no, es verdadero.

—Iugena, por favor, toma una fotografía del árbol. Pero no lo toques. Puedes dañar su corteza.

—Puede tocar la corteza con toda tranquilidad —aseguró Ullward; miró hacia las ramas y después examinó el suelo, se agachó y cogió una hoja caída—. Esta hoja ha crecido en el árbol. Y ahora, lugenae, quiero que vengas conmigo —se dirigió hacia el jardín de roca y apartó a un lado una roca simulada, dando paso a un pequeño gabinete con una palangana—. Observa cuidadosamente —dijo, mostrándole la hoja—. ¿La ves? Está seca, brillante y marrón.

—Sí, *lamster* Ullward —asintió lugenae con un movimiento de cabeza.

—Primero la sumerjo en esta solución —cogió una probeta llena de un líquido oscuro, retirándola de un estante—. Así. Eso restaura el color verde. Lavamos el exceso de líquido y ahora la secamos. Ahora, frotamos la superficie con este otro líquido, con mucho cuidado. Mira, ahora es flexible y fuerte. Una solución más —esto es un revestimiento plástico— y aquí la tenemos, una verdadera hoja de roble, perfectamente genuina. Toma, es tuya.

—¡Oh, *lamster* Ullward! ¡Muchas gracias! —Y echó a correr hacia el exterior, mostrándosela a sus padres, que estaban junto al estanque, disfrutando de la sensación de espacio y observando a las ranas—. ¡Mirad lo que me ha dado *lamster* Ullward!

—Ten mucho cuidado con ella —dijo Ravelin—. Cuando volvamos a casa le encontraremos un pequeño y bonito marco y la podrás tener colgada en tu cubículo.

El sol simulado se encontraba en el cielo occidental. Ullward dirigió al grupo hacia el reloj de sol.

—Es algo antiguo. Tiene muchísimos años. Mármol puro esculpido a mano. También funciona... y es muy práctico. Miren, las cuatro menos diez por la sombra en el dial... —Echó un vistazo a su reloj de cinturón y observó el sol—. Perdónenme un instante.

Se dirigió hacia el panel de control y llevó a cabo un ajuste. El sol dio un salto hacia atrás de unos diez grados. Ullward regresó y comprobó el reloj de sol.

—Eso está mejor —dijo—. Miren ahora. Las cuatro menos diez en el reloj de sol. Y las cuatro menos diez en mi reloj. ¿No es algo estupendo?

—Es maravilloso —asintió Ravelin seriamente.

—Es la cosa más maravillosa que jamás haya visto —dijo lugenae alegremente.

Ravelin miró a su alrededor y suspiró con melancolía.

—No nos gusta marcharnos, pero creo que ya tendríamos que estar regresando a casa.

—Ha sido un día maravilloso, *lamster* Ullward —dijo Ted—. Una comida exquisita y hemos disfrutado mucho viendo su rancho.

—Tienen que volver otra vez —invitó Ullward—. Siempre me gusta estar acompañado.

Les llevó hacia el comedor y después atravesaron el salón-dormitorio hasta la puerta. La familia Seehoe dio un último vistazo por el espacioso interior, se pusieron sus capas, subieron a su calzado móvil y se despidieron. Ullward cerró la puerta. Los Seehoe miraron, y esperaron hasta que apareció un hueco en el tráfico. Dijeron adiós con la mano, se colocaron las capuchas sobre las cabezas y subieron al corredor móvil.

El calzado móvil les aceleró hacia su hogar, seleccionando el camino apropiado, deslizándose automáticamente en las pistas correctas de salida de la calzada. Los campos de deflección les permitían sortear a las multitudes. Al igual que los Seehoe, todo el mundo llevaba la capa y la capucha de material de película reflectiva para salvaguardar la intimidad. El cristal de ilusión que se extendía por el techo del corredor presentaba una vista de torres que iban disminuyendo en un cielo alegremente azul, como si los peatones se estuvieran moviendo solos a lo largo de los pasajes superiores, expuestos al viento.

Los Seehoe se aproximaron a su casa. A unos doscientos metros de distancia se desviaron hacia la pared. Pero como la fluidez del tráfico les hizo pasar de largo tuvieron